

El Madrid de Josep Pla

Centre Cultural Blanquerna
(Alcalá, 44. Madrid)
Del 1 de marzo al 25 de abril de 2010

Índice

- Introducción, a cargo del delegado del Gobierno de la Generalitat en Madrid
- Introducción, a cargo de Joaquim Molas
- Cronología
- "Lengua, literatura y política" por Luis M. Linde
- "Pla, el país universal" por Francisco Umbral
- "El tiempo y la memoria" por Josep M. Castellet
- "Un río desbordado" por Dionisio Ridruejo
- "Un proyecto balzaciano" por Antonio Vilanova
- "Homenots" por Claudio Guillén

Cronologia

1897 Josep Pla nace en Palafrugell, el 8 de marzo de 1897, en la casa núm. 49 del Carrer Nou, hijo de Antoni Pla i Vilar i Maria Casadevall i Llach.

1904 Estudios primarios en los hermanos Maristas de Palafrugell y bachillerato en el Instituto de Gerona.

1913 Cursa Derecho en la Universidad de Barcelona (se licencia en 1919).

1917 Publicación de las primeras prosas literarias en varios medios de comunicación: «Ofrena», «Cenacle», «Diario de Gerona» y «L'Instant».

1918 Comienza a frecuentar el Ateneu Barcelonès. Alexandre Plana se convierte en su mentor literario. Inicia su colaboración regular en el «Baix Empordà» de Palafrugell y publica prosas literarias en el «Alt Empordà», de Figueres, y «El Camí», de Barcelona.

1919 Comienza a trabajar en «Las Noticias» y poco después en «La Publicidad».

1920 Viaje a París como corresponsal de «La Publicidad».

1921 Crónicas desde Mallorca, enviado especial a Madrid. Diputado de la Mancomunitat de Catalunya por la Lliga Nacionalista del Baix Empordà. Viaja a Portugal.

1922 Enviado especial a Italia. Escribe en «La Publicitat», «La Veu», «El Sol» de Madrid y la revista «D'Ací d'Allà». Cubre la marcha sobre Roma.

1923 Viaja al Ruhr, Lausana y Renania, Baviera, Turingia y Sajonia. Corresponsal en Berlín donde convive con el periodista Eugeni Xammar.

1924 Procesamiento militar por un artículo crítico con la política militar española en Marruecos, publicado a «El Día» de Mallorca. Viaja por Europa. Inicia la relación con Adi Enberg, ciudadana noruega nacida en Barcelona.

1925 Publicación del primer libro importante: *Coses Vistes*. Viaja desde París hasta Rusia y después a Inglaterra.

1927-1935 Viaja con Adi Enberg a Córcega. Viaja por el levante europeo y trabaja de corresponsal político en Madrid. Publica: *Llanterna màgica, Relacions, Cartes de lluny, Cartes meridionals, Madrid. Un dietari, Madrid (L'adveniment de la República)*.

1936-1937 Al inicio de la guerra civil española, se exilia a Francia e Italia, juntamente con Adi Enberg, que trabajaba para el servicio de espionaje franquista. Cambó le encarga la *Historia de la Segunda República Española*, que terminará en 1939.

1938 Entra en la España franquista por San Sebastián. Colabora en «El Diario Vasco».

1939 Terminada la guerra, es uno de los directores provisionales de «La Vanguardia» (enero-abril). Se instala en Fornells (Begur). Se separa de Adi Enberg.

1940 Inicia su colaboración semanal en la revista «Destino» (hasta 1976). Vive en L'Escala. Inicia su relación con Aurora.

1940-1946 Publica en castellano: *Historia de la Segunda República Española, Costa Brava. (Guía general y verídica), Las ciudades del mar, Viaje en autobús, Rusiñol y su tiempo, Humor honesto y vago, El pintor Joaquín Mir, La huida del tiempo, Un señor de Barcelona y Vida de Manolo*.

1943 Inicia una colaboración semanal en el «Diario de Barcelona» (hasta 1954).

1944 Muere su padre.

1946 Vive en Cadaqués. Inicia su relación con Consuelo.

1946-1947 Vuelve a publicar en catalán: *Cartes de lluny, Viatge a Catalunya y Cadaqués*.

1947 Vive entre L'Escala y Llofriu.

1948 Se instala definitivamente en la masía Pla de Llofriu.

1949 Inicia la colaboración con la Editorial Selecta.

1950-1956 Publica en la Editorial Selecta algunos de sus libros más conocidos, como *El carrer Estret, Girona, un llibre de records y Cartes d'Itàlia*.

1953 Viaja a Portugal, Valencia y Madrid. Viaja a Cuba.

1954 Viaja a Nueva York.

1955 Visita a Josep Tarradellas, Presidente de la Generalitat en el exilio, en París. Viaja a Inglaterra.

1956 Inicia la edición de las *Obres Completes*, en la Editorial Selecta (29 tomos). Viaja a Italia y Grecia.

1957 Viaja a Israel y América del Sur. Recibe el Premi Lletra d'Or por el libro *Barcelona (Papers d'un estudiant)*.

1958 Viaja a Brasil. Inicia la serie *Homenots* y publica *Israel en los presentes días*.

1959 Visita Suiza. Viaja por el Mar Rojo, el golfo Pérsico, el Océano Índico, el Atlántico y el Caribe, hasta Valparaíso.

1960 Viaja a América. Empieza a colaborar con «El Correo Catalán» (hasta 1965).

1962 Termina la colaboración con la Editorial Selecta.

1963 Viaja a los Estados Unidos.

1964 Viaja a Puerto Rico, Brasil y Argentina.

1965 Muere su madre. Viaja a Mallorca con Baltasar Porcel.

1966 Inicia, con *El quadern gris*, la *Obra Completa* en Ediciones Destino. Viaja a Las Canarias y Sudamérica. Viaja al Rin: Holanda, Alemania, Francia y Suiza. Va a Sueca y Xàtiva. Vuelve a Buenos Aires.

1967 Viajes breves a Mallorca y Atenas. Medalla d'Or de la Diputació de Girona. Premio de la crítica «Serra d'Or» por el libro *El quadern gris*.

1968 Viaja a Leipzig

1969 Viaja a Moscú y al norte de Europa. Viaja al Cantábrico, País Vasco y Portugal. Òmnium Cultural instituye el Premi d'Honor de les Lletres Catalanes, cuyo jurado le niega cada año el premio, hecho que provocará polémicas periódicas hasta después de su muerte.

1971 En el mes de agosto sufre un leve infarto de miocardio, del cual se recupera sin problemas. Las constantes muestras de admiración y afecto demostrarán su creciente popularidad.

1973 Cede gran parte de su biblioteca y crea la Fundació la cual lleva su nombre. Premi de la Crítica «Serra d'Or» por el libro *El que hem menjat*.

1975 Los príncipes Juan Carlos y Sofía le visitan en la masía Pla. Medalla d'Or de la Província de la Diputació de Barcelona.

1976 Deja de colaborar en la revista «Destino».

1977 Premi de la Crítica «Serra d'Or» por el libro *Articles amb cua*.

1979 Premi Ciutat de Barcelona por el libro *Notes del capvesprol*.

1980 Josep Tarradellas le impone la Medalla d'Or de la Generalitat. Premio de la Crítica «Serra d'Or» por el libro *Notes del Capvesprol*.

1981 Muere el día 23 de abril, a los 84 años. Deja publicados 38 tomos de la *Obra Completa* y otros inéditos que aparecerán después de su muerte.

EL MADRID DE JOSEP PLA

Madrid, como todas las capitales de Estado, fue durante siglos la sede política, cultural y económica de España. Pero además era una referencia vital y parte de la educación sentimental de las familias españolas.

En casa de Pla pasaba lo mismo. En el prefacio de Madrid 1921 narra como su padre les contaba al calor del fuego sus vivencias y recuerdos de Madrid. De tal manera que Pla intuye "un laudable modo de vida... y me prometí ir a verlo por mi mismo".

Creo que esta vivencia ha sido común en la mayoría de los españoles que, claro está, podían permitírselo económicamente. El viaje a Madrid era una cita obligada de la vida en provincias. Al retorno se contaban las impresiones a los amigos y familiares, las novedades sociales, culturales, urbanísticas y el contacto o visión de los personajes de la vida pública española.

Había un cierto prurito competitivo sobre un mejor conocimiento de Madrid, sus personalidades e interioridades. La visión se complementaba con los contactos esporádicos, con parientes o conocidos madrileños en vacaciones, a los que se envidiaba y criticaba, atribuyéndoseles un aire de superioridad.

Madrid suscitaba, o debía suscitar, admiración y cierto orgullo de capitalidad. Ello no era incompatible con una crítica a la moral y las costumbres de la ciudad, sus posibles incomodidades y riesgos en comparación con la vida tranquila y controlada socialmente de provincias.

Cuando Pla escribe sus experiencias y recuerdos de Madrid, un tiempo después de sus estancias, es un hombre cosmopolita que conoce todas las capitales europeas: es un hombre de mundo.

La reinterpretación de sus primeras impresiones, la fusión de la memoria y los recuerdos con la experiencia, es lo que acaba de definir sus opiniones sobre Madrid.

Andrés Trapiello en su prólogo a la edición de Madrid 1921, un Dietario publicado por la Asociación de Libreros de Viejo 2007, le reprocha los cambios de versión, la reescritura de sus impresiones y percepciones.

Josep Pla de sus dos visitas deja un retrato de un Madrid que no le gustó, ni le seduce como construcción humana, como ciudad.

A parte del clima, el Museo del Prado, las tertulias y Recoletos, el resto es sometido a una demoledora ironía y sarcasmo, a una implacable crítica. Tanto es así que el prologuista citado concluye que: "el retrato se parece poco al original..... Madrid se le fue a Pla como un toro de lidia sin torear".

Sin embargo pienso que esta visión personal, subjetiva, reinterpretada, a veces más en la crónica literaria que periodística, si refleja (o construye) una visión catalana de Madrid.

El atraso en la modernización y desarrollo político de España, un Estado dominado del centralismo y caciquismo. Ortega reivindica "la Redención de las provincias" en los años 30.

En definitiva Pla, al contrario que la mayoría de españoles, no se deja deslumbrar por Madrid. Se dedica a observarla con perspicacia y cargado de prejuicios, la dibuja con una ironía ácida, sin ningún deseo de ser parte de ella.

A todo ello se suma después su progresivo escepticismo, desencanto y crítica feroz a la República en sus formas políticas española y catalana.

En definitiva, un gran desinterés. "De Madrid apenas me interesa nada. En Madrid no tengo nada que hacer. Nada".

Claro, esta indiferencia no puede gustar a los que están inflados por la vanidad de vivir en una gran capital. A los que combaten la idea de que Madrid es un "pueblo manchego".

Pero tal vez lo más importante de su visión y sus crónicas es que el estereotipo de Madrid que crea Pla, alienta (o refleja) una visión catalana de Madrid muy arraigada. Todavía hoy sorprende cómo esta idea está latente en la curiosidad y preguntas con que se interroga a los catalanes que viven en Madrid.

Quizás el largo periodo de aislamiento internacional, falta de libertades y centralismo, ha congelado esta idea de Madrid en el imaginario colectivo catalán. El deshielo en todo caso está siendo lento y difícil. La doble condición de villa y corte hace difícil separar la ciudad y ciudadanos de Madrid del Estado español y sus instituciones y conflictos con Cataluña.

Poco a poco la visión cosmopolita y autónoma de las ciudades va ganando entidad y desligándose de las funciones simbólicas y representativas de capitalidad.

La exposición, brillantemente comisionada por Joaquim Molas, es una amable y amistosa invitación a recordar y discrepar del Madrid que descubrió Pla. Pero sobre todo a abandonar tópicos y poner al día nuestras impresiones y valoraciones de Madrid: megápolis, ciudad abierta, cosmopolita, plural y democrática, con una brillante vida ciudadana y cultural.

Eso sí, con un punto de displicencia y desinterés por "la visión del otro" aunque no sea tan crítica como la de Josep Pla.

Finalmente agradecer al Comisario y a la Dirección General de Difusión Corporativa su esfuerzo y felicitarles por la calidad a la que nos tienen acostumbrados.

José Cuervo
Delegado

EL MADRID DE JOSEP PLA. 1921-1936

Probablemente, una de las asignaturas pendientes de la cultura española es el estudio de las relaciones que sostienen entre sí sus diversas lenguas, y por lo tanto, sus diversas literaturas. Con esta exposición, no pretendemos sino mostrar un caso concreto de estas relaciones, en ciertos aspectos, un caso excepcional, el de Josep Pla y Madrid. De hecho, hay dos Plas, separados por el conflicto civil, un primer Pla que ejerce de ciudadano del mundo, o a lo menos, de Europa, y un segundo Pla que se repliega sobre sí mismo en su pueblo natal de Llofriu y convierte el conjunto de su obra en unas vastas memorias, pero que mantiene sus antenas siempre abiertas a la actualidad más viva a través de la lectura de la prensa francesa, inglesa o italiana, de constantes viajes por tierras de Europa y América y, sobre todo, del ir y venir de visitas de todo tipo, desde escritores y periodistas, pasando por simples entusiastas, hasta políticos y economistas.

En su época de ciudadano del mundo, Pla ejerció de corresponsal de «La Publicitat» y de «La Veu de Catalunya», dos periódicos barceloneses de ideas encontradas, en París, Madrid y Berlín. En Madrid, por ejemplo, realizó dos largas estancias, una, en 1921, y otra, en 1931-1936. En la primera, exploró libremente no sólo sus calles, sino también sus alrededores (Aranjuez, El Escorial, Toledo...). Y, en la segunda, cubrió como cronista la ajetreada vida parlamentaria, desde el 22 de abril de 1931 hasta las mismas puertas de la insurrección franquista, el 13 de abril de 1936, con un breve paréntesis, en 1934, en el que siguió sobre el terreno la revuelta de Asturias. Y sobre cada una de ellas publicó un libro: *Madrid. Un dietari* (1929) y *Madrid. L'adveniment de la República* (1933). Después de 1936, sólo visitó Madrid en contadas ocasiones y siempre por asuntos puntuales y, alguna vez, incluso con resultados, por decirlo así, inhóspitos.

Durante sus dos estancias madrileñas, Pla, que asistió a sus tertulias más emblemáticas, como la del Pombo o la del diario «El Sol», en el que, por cierto, colaboró esporádicamente, conoció y trató a la mayoría de sus escritores y periodistas: Unamuno, Azorín, Baroja, Marañón, Ortega, Camba, etc. Y, después de su reclusión postbélica, conoció y trató en Barcelona, o en Llofriu, a Ridruejo, Cela, Delibes y Laín. Y a todos ellos dedicó páginas rememorativas de gran calado.

Para la exposición, hemos tomado como base el *Madrid y L'adveniment de la República* y la hemos completado con algunos textos sueltos recogidos en sus obras completas. Por lo tanto, la visión que da de Madrid es la de una ciudad en transformación, con sus ecos isabelinos y sus puntas de gran capital moderna. Pla es un *flâneur* que narra lo que ve o lo que le cuentan con clave de humor, que, en algunas ocasiones, puede bordear el sarcasmo, no la sátira, pero que siempre es fiel al espejo estandaliano. A veces, con prodigiosas salidas líricas. Sus obsesiones son el murmullo de la calle, y con el de la calle, el de la política y el periodismo. De ahí que no hable de teatro, ni de cine ni de música y que, pese a su interés por la pintura, que materializó en obras decisivas sobre Joaquim Mir o Manolo Hugué, sólo se refiera a ella cuando explora por primera vez el Museo del Prado.

El material seleccionado, lo hemos organizado en ocho capítulos. En el primero, se traza el marco histórico, que va de la muerte de Dato a la proclamación de la República, con un gran vacío, el de la dictadura de Primo de Rivera, que Pla vivió en el exilio o en Barcelona. Siguen después tres capítulos sobre la cuadrícula urbana, con sus barrios, sus calles y sus parques, uno, sobre los cafés y sus tertulias, y tres, sobre la geografía humana, desde los probos funcionarios hasta las iconas políticas. O literarias. Y, para completar el cuadro desde la otra cara de la moneda, reproducimos en el catálogo el facsímil de unas cartas de Azorín y Cela y algunos fragmentos de seis escritores y críticos, dos de ellos catalanes, pero con voz y voto en las letras castellanas. El primero sobre las relaciones entre Pla y

Castilla, como suma y compendio de España, y los cinco restantes sobre su figura literaria y, de manera especial, sobre *El quadern gris*, la serie de *Homenots* y la mitificación de su tierra natal.»

JOAQUIM MOLAS
febrero 2010

Joaquim Molas (Barcelona, 1930) Catedrático emérito de Literatura Catalana de la Universidad de Barcelona, historiador y crítico. Sus estudios se centran especialmente en la literatura moderna y contemporánea. Ha publicado colecciones antológicas de gran incidencia.

Pla, Cataluña y España

Su evolución política dentro del nacionalismo catalán ha sido muy estudiada y es bien conocida. Pero apenas ha suscitado interés la evolución de sus ideas y sentimientos sobre España, Castilla y los que él llama «castellanos», que para él eran, en realidad, todos los españoles cuya lengua materna era el castellano.

El primer libro en el que cuenta lo que sentía hacia España y las cosas españolas fue su *Madrid, un Dietari*, que elaboró en Estocolmo, en 1928, utilizando artículos y notas de su primera estancia en Madrid, en 1921, y que se publicó en Barcelona en 1929. Empezaba su aproximación al problema con una nota de prudente autocrítica: «¡A los veinte años se tiene una visión tan simplista de las cosas! ¡Cuesta tanto comprender que la vida es enormemente complicada y viniendo de Cataluña, sobre todo, ocurre que uno se nutre, por lo que hace referencia a España, de una literatura extremista, carente de toda finura incisiva, extremadamente pueril: viniendo de Cataluña produce un efecto extraño ver que el español, incluido el madrileño, es también un ser difícil de comprender, difícil de someter a nuestras ideas tradicionales, y a nuestro instrumental chapucero y aproximado». Sin embargo, esta inteligente prevención no le llevó a separarse de algunos tópicos sobre Castilla y sobre Madrid. Por ejemplo, en apuntes de aquella época recogidos en las *Notas dispersas*, las referencias a la «hidalguía castellana» o a ciertas peculiaridades de los madrileños.

En el dietario que lleva por título *Notas del crepúsculo*, se apoya en el famoso texto de Marx sobre España, *La Revolución española*, para expresar, un tanto elípticamente, su rechazo a la «España unitaria», es decir, la España dominada por Castilla. Pla recuerda la explicación de Marx sobre el apoyo popular al carlismo y dice: «[el carlismo] representaba la Patria grande, como suma de las patrias locales, con sus peculiaridades y sus tradiciones propias». Para Pla, como para muchos catalanes, Castilla es la nación dominante, y Cataluña, la nación dominada. La relación de Cataluña *no* es con el conjunto de España, que incluye territorios y ámbitos culturales distintos de la Castilla tradicional, sino con esa Castilla tradicional que juega en España el papel de Prusia en Alemania, según la comparación utilizada por Joan Estelrich. Su forma de entender la relación de Cataluña con el resto de España debía de estar cerca de la idea que, en 1954, expresaba Vicens Vives en su famosa *Noticia de Cataluña*: «*No hemos sido* [los catalanes] *lo bastante fuertes para labrarnos nuestra propia historia: he aquí la gran tragedia colectiva* [la cursiva es nuestra]. Cinco siglos ha que no sabemos adónde vamos, ora conformándonos con un menguado papel de circunscripción provincial, ora queriendo forzar la rueda de la fortuna hacia posiciones singulares en un mundo adverso a esa clase de tendencias».

Pla no debió de estar lejos tampoco (y en estas coincidencias pudo fundamentarse la admiración que Pla sentía por el historiador) de estas otras tres ideas de Vicens Vives, recogidas también en *Noticia de Cataluña* y dirigidas frontalmente contra el victimismo catalán que, como ya hemos dicho, creemos que el Pla maduro sentía casi como un insulto a su dignidad personal e intelectual.

La primera, la afirmación de que los catalanes no debían «quejarse si Castilla se ha atribuido el mérito de haber hecho a España y si ha dado el Estado español sus virtudes y sus defectos. Quienes de ello se lamentan debieran meditar qué hemos dado nosotros, los catalanes, para que la comunidad política a la que pertenecemos fuese formada más a nuestro gusto»; la segunda, la conclusión de que la elección de Cataluña a favor de Castilla y no de Francia en el siglo xv «no admitía duda», y que este hecho «es irrevocable, a pesar de la decepción histórica posterior»; y la tercera, quizás la más fundamental de las tres, que Pla expresa así: «En mis primeros contactos con el profesor Vicens Vives, este señor me dijo que la principal

característica de Cataluña es su voluntad de ser. Yo creo que resume de modo exacto el espíritu de toda una generación —de nuestra generación. La única arma importante que tenemos es la voluntad de personalización. Nosotros, la generación *postnoucentista* trabajamos y trabajaremos para acrecentar la voluntad de ser». Esta declaración —apenas cabe una proclamación de, digamos, voluntad nacionalista más radical— es el fundamento de la que viene después, que resume la justificación y la ambición de toda su vida de escritor en catalán: «Una literatura —en todas sus formas— es el espíritu de una lengua. Fundir literatura y pueblo es darle un espíritu. Es la primera obligación de un escritor. Esta es la labor primordial, y si resulta conveniente sacrificar a tres generaciones, hay que hacerlo sin dudar un momento».

Luís M. Linde, **Pla, Cataluña y España o el guardián de las ruinas**, a «Revista de libros», «Estudios biográficos», Madrid 2003

Luis M. Linde (Madrid, 1945), economista, Técnico Comercial y Economista del Estado, ha desempeñado diversas funciones en la Administración Central y en el Banco de España. En 2003 publicó en *Revista de Occidente* un estudio sobre las ideas económicas de Pla. Es colaborador habitual de "Revista de Libros".

Pla, el payés universal

Pla parte de la sencillez absoluta, como Azorín, sólo que en Azorín esta sencillez es muy artificial y elaborada. En Pla es más auténtica. Pla domina perfectamente el catalán, el castellano y el francés, pero juega a destrozarlo cuando escribe en esta lengua, por malicia. Lo que no puede es evitar que su gracia y su lirismo perfumen igualmente en español.

Pla se siente discípulo de Baroja, y lo dice, pero no se parecen nada, salvo en la boina. Manejando el castellano, Baroja es torpe y Pla, ya está dicho, es malicioso. Baroja viene de un Nietzsche entreleído y Pla viene de Montaigne. Su actitud ante la vida es la misma que la de Montaigne: sentarse a mirar la vida y escribirla.

En la prosa de Pla hay sabor a tabaco negro recién liado y a picón, pero hay también un aura de todos los mares del mundo, y un tempero de su Ampurdán, que él describe con minuciosidad en sus cosechas, floraciones y lluvias. De la minuciosidad le nace a Pla la poesía, el paisajismo, de modo que nunca parece poeta adrede.

Pla se complace, sin saberlo, en el grado cero de la escritura, pero él está bien seguro de que a partir de cero le irán naciendo imágenes, metáforas, frases, agudezas, pensamientos. «El amarillo es el color de los locos.»

Pla es un paleta universal porque conoce de verdad el campo y los pueblos, en todo cuanto habla y escribe emerge un perfume de mundo, un olor a las grandes ciudades de la vieja Europa y las islas griegas, un aroma de fritanga napolitana o restaurante caro y rococó de París.

Dicen que escribía por el revés de los sobres y las quinielas, y que sólo usaba los trajes viejos de su editor. No le gustaba Madrid, pero tampoco mucho Barcelona. Era un esnob con boina, que es lo último que se pondría un esnob. Escribió toda su vida el *Cuaderno gris*, porque el diario íntimo y las memorias son el refugio del escritor sin género, y Pla era un escritor sin género, que tuvo que inventarse el suyo propio, como cuando Montaigne se inventa el ensayo. Pla no es novelista ni dramaturgo ni poeta, ni le preocupa serlo. Sencillamente escribe lo que se le va ocurriendo, porque sabe que las cosas *ocurren* en la escritura. Lo que hace falta es ponerse.

Siempre ve Madrid con una ironía distante, pero luego descubre en la ciudad cosas bonitas y entrañables que no han descubierto los madrileños.

Pla tiene una cara oriental de sabio chino y a veces escribe como un chino, fijando los colores finísimos del entretiempos en un artículo que es como un biombo. No hay amargura ni autocompasión en la soledad de Pla, sino ironía y un dandismo de boina. Se sospecha que nunca se casó por no mantener a una mujer ni a nadie. En su literatura hay pocas mujeres y nada de sexo. En el gran amoralista adivinamos un fondo de puritanismo sexual que sí le viene a emparentar con Baroja. Pla siempre hizo lo mismo y siempre bien, sin complicarse la vida: el artículo de cada día o las notas de su diario. Cuando los artículos son agrupables los agrupa, como en *Homenots*. Nos fascina como escritor sin género, ya digo, que es el escritor puro, el que no participa de la «odiosa premeditación de la novela», como decían los surrealistas.

Pla sólo contó la vida, no la novelizó, y la vida siempre tiene más continuidad y fuerza que cualquier novela. Pla no es lo universal que debiera, ni mucho menos, y

esto no sólo se debe a que escribiera en una lengua ilustre, pero de limitada difusión. Se debe más bien a que él se resistió elegantemente a dramatizar la vida, que es lo que le gusta al público. Contó las cosas con escepticismo y las disfrutó con moderación . Pero el buen burgués ilustrado quieren que le den el otro lado de la vida, el que él no vive, el de las pasiones violentas y las aventuras peligrosas. La lección de Pla es que la vida es minucia y que hasta los grandes hechos y los grandes hombres pueden irse reduciendo a un conjunto de minucias.

Francisco Umbral, **Las palabras de la tribu**, Barcelona 1994

Francisco Umbral (Madrid, 1932 – Boadilla del Monte, 2007) Escritor y periodista. Polemista brillante y cronista del mundo cultural y político madrileño, autor de novelas, biografías, obras autobiográficas, ensayos, de estilo ágil y creativo.

El tiempo y la memoria

Frente a la memoria «mecánica», Pla levanta su obra como un señuelo de la memoria *voluntaria*, sacrificando incluso el cultivo de la memoria *involuntaria*, que consiste —como dije— en el libre fluir en pos de la creación literaria pura, su ambición primera.

Lector incansable de los grandes memorialistas, Josep Pla se ha encontrado con que, a lo largo de los años, había construido una obra que, de manera poco sistemática y sin que su propósito inicial fuese éste, se convertía por acumulación en un amplio y extenso fresco de su época que lo inscribía en la historia de los escritores de la memoria voluntaria. Esta obra, sin embargo, que se desarrolla a través de diversos géneros literarios, rebasa la calificación de memorialista. Atravesada por el tiempo, guiada por la memoria, recibe las influencias del momento y está condicionada por la cotidianidad. Desde una perspectiva de conjunto no es difícil apreciar la tensión entre una voluntad de fijación del pasado y una incontinente tentación de testimonio de la fluencia del tiempo. En este sentido, no desearía que las divisiones establecidas en relación con el tiempo y la memoria pudiesen dar una idea de obra fragmentada en compartimientos estancos. La grandeza de esta obra consiste, precisamente, en la simultaneidad y en la superposición de planos de los diversos tiempos y memorias y, si bien es cierto que Pla, en los últimos años al menos, parece inclinado —según he dicho— al cultivo de la memoria *voluntaria*, jamás, no obstante, ha impedido que el paso del tiempo y la noción de cambio continuaran presentes en sus escritos. Uno de sus autores favoritos, Montaigne, decía: «*Je ne peins pas l'être, je peins le passage*», a saber, no se trata de representar el ser en una inmovilidad, sino el tránsito, el pasaje, el movimiento a través del cual el ser escapa a su propia inercia y que conduce, ineluctablemente, hacia adelante. Una idea de Proust —otro autor predilecto— es asimismo aplicable a la obra de Pla: *el tiempo recobrado es el tiempo trascendido*, esto es, la memoria intenta fijar el pasado para poder así trascenderlo, a fin de que no suponga un lastre para el presente o para el futuro. Lo dijimos antes: sólo la asunción plena del pasado puede liberar de incomodidades el presente y de incertidumbre el futuro.

Con las inevitables contradicciones ocasionales, la obra de Pla es de una gran coherencia por lo que atañe a la memoria y el tiempo. Incluso en las descripciones más sutiles o más difíciles de establecer, una lectura atenta descubre los matices, de los que el autor parece siempre consciente. Con esto no quiero decir que Pla haya tenido siempre clara conciencia de los hechos en el momento de escribir: pretendo expresar que la conciencia aparece en la propia escritura, voluntaria o involuntariamente por lo que al autor se refiere. La lucidez del texto es una constante planiana y consiste en la adecuación de los mecanismos de desvelamiento de la memoria a las exigencias del tema o en la predisposición del autor con respecto a las sollicitaciones profundas de la obra. Lo vimos, en el primer caso, a propósito de la utilización de las memorias *involuntaria* y *voluntaria*; y lo podemos ver también en la distinción entre *recuerdo* y *memoria*, acerca de la cual quisiera acabar de precisar la actitud de Pla.

Jean Pouillon, al comparar la obra de Stendhal con la de Saint-Simon, sostiene que el novelista consigue vivificarse hoy gracias a lo que fue en el pasado, mientras que el memorialista logra revivir lo que fue merced a lo que es ahora: «Se comprende, así, el aspecto profundamente diferente de las dos obras, diferenciación que se señala concretamente en el hecho de que Saint-Simon explica verdaderamente una historia, en tanto que Stendhal narra anécdotas que incluso no coinciden entre sí» (*Temps et roman*, Gallimard, París, 1946). Josep Pla asume las dos funciones a la

vez, la del «recuerdo» —Stendhal— y la de la memoria —Saint-Simon. A través del recuerdo se busca a sí mismo en su *tempo*, en el tiempo personal: es la *recherche du temps perdu*, el «cualquier tiempo pasado fue mejor». La historia entera de la literatura está esmaltada de manifestaciones de este sentimiento complejo, en el que ostentan un papel difícilmente desdeñable el rechazo del presente, la autocompasión, la exaltación de la infancia o de la juventud, la nostalgia, la sensibilidad agudizada y la disponibilidad absoluta. A través de la memoria el escritor se busca también a sí mismo, pero lo hace a través del tiempo *histórico*: se encuentra así formando parte de una historia que no es ya la estrictamente personal, se observa —a distancia— perteneciendo a una colectividad, cuyos destinos puede intentar interpretar, ahora, cuando los hechos ya han sido vividos. No hay rechazo del presente, porque, a la inversa, se actualiza el pasado; no existe autocompasión sino, acaso, autojustificación. La infancia o la juventud se ven como estados imperfectos, de irresponsabilidad, la nostalgia se disuelve en la conciencia; la sensibilidad queda matizada por la razón, mientras que la disponibilidad lo es por la cordura. Al «recuerdo» se le debe exigir sinceridad; a la «memoria», lucidez.

Josep M. Castellet. *Josep Pla o la razón narrativa*. Ediciones Península, Barcelona, 1982.

Josep Maria Castellet (Barcelona, 1926) Crítico literario, ensayista y editor. De su amplia e infuyente obra destacamos *Veinte años de poesía española (1939-1959)* (1960) o *Nueve novísimos* (1970), sus estudios sobre Pla i Espriu y la dirección literaria en Edicions 62 y Península.

Un río desbordado

La consistencia de la base del plinto sobre el que Pla resulta «homenot» es fabulosamente mayor que cualquiera de los aspectos de su carácter como personaje. Aunque él finja tomarlo a broma, es un «gran hombre» en serio. Sus credenciales —sus papeles— componen un rimero de muchos miles de páginas. Ediciones Destino publica ahora el volumen vigésimo de su obra completa. Veinte volúmenes, a un promedio de 700 páginas por volumen, hacen 14.000. Ahora bien, los que hemos seguido la escritura de Pla en los periódicos y en los volúmenes de la humilde y gloriosa «Selecta» sabemos que —aparte sorpresas— hay por lo menos para quince volúmenes más. Un río desbordado. Una inundación.

Diré de paso que esa cantidad no es un azar. Dicen que Picasso dijo al llegar a París: « ¿Qué ya no se puede pintar? ¡Ea, pues, vamos a pintar! ». Pla me decía una vez: « ¿Qué dicen que ya no se puede escribir en catalán? Pues ahora van a verlo. ».

Tanto Pla como sus lectores atentos, sabemos que quizás el 60 por ciento de ese papel impreso es prosa ocasional y de oficio, prosa para rellenar y vivir aunque nunca faltará en cualquiera de sus páginas un chispazo de genio, una insólita forma expresiva, una observación certera del detalle rural, un rasguño de humor inolvidable. Pla ha organizado el plan de su obra completa como le ha parecido. En rigor, y con muy pocas excepciones —como las Narraciones y Biografías largas— su obra es un gigantesco y variadísimo diario. Porque Pla ha escrito más por páginas —aunque no resulte un fragmentista a la italiana, esto es, un puro— que por libros. En esas páginas hay de todo: innumerables notas de viaje, juicios políticos, consideraciones intelectuales, crítica literaria, etc., etc. Pero lo que más abunda y rebrilla son sus paisajes, sus retratos y sus instantáneas en que el instante queda detenido i aprisionado en la misma condición de su fugacidad. Estoy seguro de escandalizar a cualquiera pero no a él —ni, claro es, a los que de verdad entienden— si digo que Pla es un gran poeta antirretórico, esencialista a fuerza de temporal. Nada de eso tiene que ver con su ideología sino con su sensibilidad, una de las más exquisitas para los momentos naturales y, muy en particular, para los paisajes temporalizados.

Como Pla es «homenot», la veracidad anecdótica y la exactitud de un juicio no le perturban ni le obligan en exceso. Le he oído contar mentiras estupendas, tan representativas del personaje o la situación de que se hablaba, que resultaban no ya legítimas sino además indispensables.

Repito lo dicho otras veces: No voy a hacer aquí crítica literaria. Ni siquiera para decir hasta qué punto el *Quadern gris* me parece el libro más intenso de la literatura catalana del siglo y uno de los grandes de todas las literaturas peninsulares. Es un libro inaudito, vivido, pensado, redactado en boceto en la época de mayor receptividad —en la juventud— y cribado, enriquecido, reescrito en la época de mayor dominio: en el arranque de la senectud.

Con su punta corrosiva y todo, con su escéptica visión de las cosas «importantes» —y en parte por ellas— ¡que provechosa sería la influencia de Pla tierra adentro! La influencia del buen sentido, del interés crítico por lo consuetudinario, de la moderación y de la ironía. En la ventilación y reforma del viejo castillo barroco castellano hicieron algo los del 98 cuando jóvenes y más sus inmediatos sucesores. Pero siempre he creído que el buen aire de los «escritorios» y las casas pairales catalanas podrían hacer mucho más. Si la modernización inevitable y justa no se hace sobre bases de humildad, apego a la vida y pragmatismo inteligente lo mismo

puede salir de ella la más banal de las disipaciones, que el más voraz de los Leviatanes. Si es que lo uno no da la mano a lo otro. Entre bromas y veras, el «hereu» Pla, el liberal Pla, es un San Jorge contra esos dos dragones. Este «homenot» inerme, entre jovial y melancólico, un poco cínico y más grave de lo que parece, «es algo muy considerable» como él diría si no se tratase de sí mismo.

Dionisio Ridruejo, **Sombras y bultos**, Barcelona 1977

Dionisio Ridruejo (Burgo de Osma, Soria, 1912 — Madrid, 1975) Poeta y político, destacado representante de la generación del 36. Miembro activo de Falange Española, dimitió en 1942 y estuvo desde entonces en la oposición. Lideró el diálogo entre intelectuales castellanos y catalanes y fue buen amigo de Pla, de quien tradujo al castellano su *Quadern gris* (1975).

Un proyecto balzaciano

Es fácil darse cuenta, a través de los volúmenes publicados hasta ahora, que Josep Pla está llevando a cabo con férrea tenacidad, el proyecto balzaciano de trazar la historia natural y social de la Cataluña del novecientos, a través de su inagotable caudal de experiencias y recuerdos. Tomando como punto de partida la pintura de su tierra nativa, el Bajo Ampurdán, y la descripción de sus costumbres, figuras y paisajes, el gran escritor ha ido adentrándose en la entraña de aquel mundo, que es el corazón mismo de la Cataluña vieja, y ha creado un verdadero microcosmos que abarca todos los ambientes y todas las clases sociales; la vida rural y campesina de payeses y hacendados; las faenas pesqueras de las poblaciones marineras de la Costa Brava; la decadencia de la vieja aristocracia de grandes terratenientes; la aparición de una clase media comercial; la industrialización de los pueblos campesinos; la creación de una clase obrera y fabril; el lento declive de la pequeña burguesía provinciana.

Este cuadro histórico y social de la vida ampurdanesa en los últimos cincuenta años, no sólo comprende la historia de las costumbres, sino que también tiene su geografía y su arqueología, su náutica y su meteorología, su perfil agrícola y comercial, su arquitectura y su gastronomía. Porque Pla describe por igual las tierras y paisajes como los monumentos artísticos; las faenas pesqueras como las condiciones climáticas; las faenas de la labranza como los platos y manjares típicos, con un conocimiento total y exhaustivo que no sólo le permite describir la historia de este mundo, sino también elaborar su filosofía como fruto de la reflexión sobre una experiencia vivida. Desde el punto de vista de la técnica narrativa, la creación de este vasto retablo de costumbres se caracteriza por la utilización simultánea del método descriptivo, de observación realista, y por el comentario interpretativo en forma de observación personal.

La imagen stendhaliana del espejo que corre a lo largo de un camino, y que él mismo aduce en el prólogo a su novela *El carrer estret*, es válida para la totalidad de su obra de narrador. Pero en contraste con la fluyente continuidad de la narración novelesca, Pla ha utilizado siempre la técnica fragmentaria de la instantánea o del cuadro, la reducción deliberada del campo visual en aras del enfoque próximo que le ofrezca una visión más detallada y más precisa, siguiendo, a fin de cuentas,, la misma técnica que Maupassant o Chéjov. El tránsito del relato breve a la narración extensa, viene señalado por la magnífica novela *El carrer estret*, en la que siguiendo la técnica multipolar de la novela barojiana, describe la vida de un pueblo provinciano a través de una serie de minúsculos dramas y escenas grotescas, cuya fuerza humana corre pareja con su realismo y fuerza poética. Después de este relato magistral, en el que el autor ha retratado la vida de Palafrugell, le ha tocado la vez a Gerona, capital de este mundo minúsculo y riquísimo descrito por Josep Pla, y cuyo perfil, levítico y austero, ha trazado con una belleza insuperable. [...]

Ni un desacierto, ni una estridencia, ni un desajuste en el acorde armónico de esta maravillosa evocación traspasada de una sensibilidad delicadísima, de una emoción grave y contenida, llena de tristeza y nostalgia. Y por si esto fuera poco, la límpida maravilla del estilo, fluido, puro, auténtico, sin giros pedantescos, neologismos artificiosos ni cultismos arcaizantes, un estilo clásico pero vivo, que fluye con retardada morosidad, que se quiebra en un esguince irónico, o se yergue en una imprecación hiriente, pero que fluye siempre de acuerdo con las ideas, hasta cuando se impregna de sentimiento y belleza para matizar, con sobria elegancia, la melancolía de una emoción o de un recuerdo. No es solamente la obra maestra del mejor prosista catalán contemporáneo; no es solamente la obra de uno de los más

altos espíritus que han nacido entre nosotros: es la obra maestra de uno de los más grandes escritores que hoy viven sobre la tierra de España.

Antoni Vilanova «Girona de Josep Pla», en **Auge y supervivencia de una cultura prohibida**, Barcelona 2005

Antoni Vilanova (Barcelona, 1923—2008), catedrático de literatura castellana en la Universidad de Barcelona, crítico literario de la revista «Destino» y editor. Son especialmente apreciadas sus aportaciones sobre Góngora, Siglo de Oro español, Generación del 98. Fue pionero en la valoración de Josep Pla como escritor.

Homenots

Los retratos titulados Homenots —todos ellos hombres procedentes de áreas de lengua catalana, el Rosellón incluido— de los que conozco nueve series, empiezan a aparecer en 1958. Algunos, como el de Sadurní Ximénez, que abre el primer tomo y se hallaba ya en *Bodegó amb peixos*, de 1950, se remontan a fases previas del quehacer de Pla. Desde *Coses vistes*, en realidad, que sale en 1925, la inclinación al retrato de la persona es una de sus constantes. Aquel título primerizo, que recuerda al Victor Hugo de *Choses vues*, al poeta ocultista y mágico, no dejaba de ser revelador. Los seres humanos son presencias visibles, incontestablemente, como los colores y las luces, las calles y las nubes, las bahías y las playas. Pero para ese alucinado de lo real, ese médium de lo vivo y existente que es Pla, la apariencia de los seres es tan fascinadora como primaria, esotérica, enigmática y muchas veces hasta indescifrable.

La apariencia no es sino el aliciente para un proceso de conocimiento, que todo reencuentro vuelve a estimular. Antes que nada, el deseo de ver claramente lo visible nos obligará a situar al hombre en un espacio y un tiempo determinados. Las semblanzas implicarán las generaciones, por un lado, y, por otro, un incansable esfuerzo de atención a toda realidad hermana, contigua, radicalmente próxima. Son indivisibles, en suma, las personas descritas de las cosas vistas y los sucesos vividos o recordados: paisajes, entornos, ambientes profesionales, escenarios geográficos, grupos y tertulias de amigos, movimientos artísticos y, desde luego, coyunturas históricas. De ahí que la semblanza de *Homenots* dé cabida no ya al mero retrato sino al relato, al diálogo, la escena, la anécdota, el ensayo, y hasta al monólogo dramático. Es más, la personalidad humana desbordante, inseparable de un país y una época, otorga, *mutatis mutandis*, una coloración y un sentido al mundo que la rodea; o antes al contrario, una falta de significación perdurable.

Conocida es la insólita capacidad de captación de lo concreto que hace posible la semblanza de *Homenots*. Las formas de la vida catalana —digámoslo con expresión de Josep Ferrater Mora— han de percibirse también mediante la meteorología, la botánica, la geología, la gastronomía y otros saberes indispensables para un buen conocimiento del país. Quien aspire a tal entendimiento y no sepa donde se fabrican, digamos, las alpargatas, o como se curan los jamones, o hasta que punto se distingue la cocina con manteca de los guisos de aceite de oliva —reléase *Llagosta i pollastre* (1952), que hace la boca agua—, no pasará de ser un analfabeto de la vida real, ambiental y cotidiana.

Ante todo salta a la vista que Pla es uno de los mejores paisajistas de las modernas literaturas ibéricas, a cuya matizadísima paleta descriptiva tan sólo se aproximan las mejores páginas de Fernando Pessoa, Pío Baroja o Gabriel Miró. No se subestimaré la lección visual de un Santiago Rusiñol, a quien Pla dedica importante libro, o la de Joaquim Mir, que veía, dicen, «crecer la hierba». La deuda de nuestro escritor con los paisajistas catalanes es hartamente evidente. Mas no confundamos los propósitos. La naturaleza tampoco es aislable. La grandeza del pintor Joaquim Sunyer reside en que la réplica de la superficie física sirve en sus cuadros «de substrat d'un determinat esperit, d'una peculiar concepció de la vida.» Es lo que ya había comprendido Maragall, cuando indicaba en un artículo que «l'esforç creador que havia produït les corbes de les muntanyes no podia deturar-se fins a produir les corbes del cos humà.» Como la persona, el paisaje se integra en un conjunto, en una geografía humana. Los hombres no logran ocultar del todo sus raíces. La vida —principalmente la de los hombres creadores, relevantes, geniales— arranca, surge, brota de una tierra que es un conjunto espacio-temporal concreto.

Yo lo tengo claro: no conozco a escritor ibérico de este siglo que haya observado mejor la complejidad de los seres humanos y de las vidas que eligen o padecen. Todo, todo, la profusión de detalles, el dinamismo hiperbólico del lenguaje, el carácter abierto del trato con los hombres, conduce a un mismo asombro ante la diversidad del vivir humano. «La característica de la vida —generaliza Pla en cierta ocasión— ve donada per una varietat insobornable». Recuérdese la frase final de la semblanza de Sadurní Ximénez, que trae a la memoria el juicio de Borges sobre la literatura de Quevedo: «Ximénez és un món, amb zones d'ombra molt denses, inextricables».

Percibimos una honradez, una objetividad, una ética de la semblanza, dignas del mejor periodismo europeo. Es evidente la utilidad que tendría en su día la experiencia periodística de Pla. De ella habrá procedido tal vez, como en el caso de Ernest Hemingway, cierto aprendizaje en el uso de un estilo límpido; o la práctica de la curiosidad peripatética; o el respeto al testimonio humano directo, del que tantas veces se echa mano en los *Homenots*. Pero conviene insistir en el tránsito fundamental, o transmutación, de la experiencia a la literatura en que desemboca, decíamos, la escritura de Pla. Claro que un abismo separa la actividad periodística (aludo a la redacción de noticias, etc., tal como Pla la describe a veces, no a la literatura de ciertos grandes periodistas) del arte al que dedico las presentes páginas. Hace poco recordábamos la tradición de la crítica del lugar común burgués, a menudo reiterada desde Flaubert. De ella arrancó también, en su tiempo, el concepto de desfamiliarización (*ostranenye*), lanzado por Víctor Shklovski, y tan decisivo para el desarrollo del Formalismo ruso. El hombre moderno, insensibilizado por la rutina, la soledad, la alienación, no ve, no percibe el mundo *familiar* en torno a él; y el arte es lo que le permite, desfamiliarizándole, verlo, cobrar conciencia de él. Ahora bien, el periodismo a secas nos presenta la noticia, relativamente insólita, y nos la incorpora al ámbito de lo familiar. El torrente diario de sucesos lleva a la trivialización general. Es el efecto opuesto al del arte del escritor. Nada más remoto, sin duda, de la atención a la vida que venimos admirando en los *Homenots*; y que es también atención a las palabras, a una lengua dominada, reinventada y prodigiosamente modulada.

El tránsito que realiza Pla del periodismo a la literatura será tanto más importante cuanto que será capaz de conseguirlo sin pasarse a la ficción, pero debiéndolo todo a los grandes artistas y escritores. La existencia de un Gaudí, o un Carner, o un J.M. Sert, o un Espriu, hizo posible un orden de cosas que posee su propia coherencia, su propia intensidad, el arte del gran retratista verbal. Muy atrás queda la obsesión romántica del propio yo. Nos hallamos ante el fruto literario en prosa, *sui generis*, de una dedicación prioritaria a la observación del mundo, mucho más innovadora y moderna que, por ejemplo, la joven poesía barcelonesa de tendencia autobiográfica. Qué duda cabe que los mejores escritores, sin hablar de sí mismos, nos mejoran. Quién sabe si nosotros los lectores nos sentimos así modestamente animados a mirar, estimulados a recordar con mayor exactitud, a caracterizar, analizar, elaborar con asombro y sensibilidad suficientes, las cosas y las personas que nos rodean. Y tal vez, si cabe, a expresarnos. Pues queda poco menos que demostrado que el grado supremo de atención al mundo lo construye la palabra literaria».

Claudio Guillén, a «Lección de Josep Pla, en sus semblanzas», de **De leyendas y lecciones**, Barcelona 2006

Claudio Guillén (París, 1924— Madrid, 2007) Escritor, ensayista y profesor de Literatura Comparada en EUA y en la Universidad Autónoma de Barcelona. Hijo del poeta Jorge Guillén, vivió el exilio del padre y no regresó a España hasta 1982. Académico de la RAE, promotor de la Fundación Generación del 27. Fue amigo personal de Josep Pla.